La comunicación en la gestión de la cultura

J.Martín-Barbero

1. Comunicación e interculturalidad

Los tradicionales actores de la gestión y la cooperación han tardado mucho tiempo en entender que la comunicación no es un proceso exterior a la cultura sino una dimensión constitutiva de la vida cultural, pues una cultura está viva sólo mientras es capaz de comunicar, esto es de intercambiar e interactuar con otras culturas¹. Pero eso choca y de manera bien fuerte con lo que ha sido la clave tanto de la concepción de cultura hasta no hace mucho, como de la formación, una educación que nos ha enseñado a afirmar y reconocer lo propio sólo a costa de negar y desvalorizar al otro y lo otro. Y en segundo lugar, la relación constititiva entre cultura y comunicación se acentúa hoy, cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas que estamos viviendo provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la comunicación, mutaciones que, al afectar la percepción que las comunidades culturales tienen de si mismas, de sus modos de construir las identidades, adquieren envergadura y temporalidad antropológicas. La actual reconfiguración de nuestras culturas indígenas, locales, nacionales, responde hoy especialmente a la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con las otras culturas del país y del mundo. Desde dentro de las comunidades los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como otra forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas —la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas carga de recelo cualquier exposición al otropero al mismo tiempo la comunicación es vivida por las comunidades rurales o urbanas como la posibilidad de romper la exclusión, como experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras de futuro. Lo que está conduciendo a que la dinámica de las propias

comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro.

En un segundo plano, el eje de la comunicación introduce en las políticas y las actividades de cooperación una profunda renovación del modelo de comunicabilidad, que del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la transmisión de información, ha pasado al de la red, esto es de la interacción y la conectividad, transformando la mecánica forma de la conexión a distancia por la electrónica del *interfaz de proximidad*². Nuevo paradigma que se traduce en una política que privilegia la interactividad, la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos tanto en la tecnología como en la gestión. Y es precisamente a la luz de esta nueva perspectiva conceptual y metodológica de la comunicación que adquiere su verdadera envergadura la redefinición de la cooperación como práctica de la interculturalidad, es decir de una relación entre culturas ya no unidireccional y paternalista sino interactiva y recíproca, pues en lugar de buscar influir sobre las otras, cada cultura acepta que la cooperación es una acción transformadora tanto de la cultura que la solicita como la de la que responde, y de todas las otras que serán involucradas por el proceso de colaboración.

Así es como funciona la más nueva y, quizá una de las más fecundas fuguras de la cooperación hoy, la de las *redes culturales*³, animadas cotidianamente por artistas y por gestores, por formadores y por instituciones municipales y comunidades barriales. Con la enorme ganancia que entraña el que una de las tareas asumidas por muchos de los nuevos actores es la de veedores ciudadanos, empeñados en la fiscalización de los proyectos y las decisiones de las que parten, de los dineros y de los tipos de intercambio promovidos por la cooperación internacional. Las *redes culturales* se están convirtiendo en el nuevo *espacio público de intermediación* entre actores diversos de un mismo país, entre actores del mismo ámbito –políticas, gestión,

formación- en diversos países, o bien movilizando transversalidades y transdisplinariedades que enriquecen desde el campo político el trabajo académico y desde el de la creación artística al campo político. Estamos ante la posibilidad histórica, no sólo técnológica sino ciudadana, de renovar radicalmente el entramado político de la cooperación cultural tejiendo redes que enlacen cada dia más el mundo de los artistas y trabajadores culturales con el de instituciones territoriales y las organizaciones sociales. Y lo vamos a necesitar pues sólo densificando y potenciando al máximo el tejido de los actores sociales e institucionales de nuestras culturas, y creando a lo largo del mundo alianzas lo más anchas posibles, podremos hacer frente a la ofensiva de desmovilización política e instrumentalización cultural que la globalización del miedo y las nuevas industrias de la seguridad han empredido ya.

2. El divorcio entre cultura y comunicación

Más allá de la retórica de las declaraciones y los informes el desconocimiento y el recelo son mutuos entre unas políticas de comunicación cuyo espacio de operación roza sólo en los bordes el campo y la cuestión de la cultura, y unas políticas culturales que ignoran casi por completo lo que se produce en los medios de comunicación, en los procesos y prácticas masivas de cultura. Lentamente en el terreno de la investigación y el trabajo académico las cosas han comenzado a cambiar, y los deslindes y fronteras a emborronarse, pero las políticas que recortan y regulan los campos continúan sustentando viejas concepciones excluyentes entre cultura y masas, y nuevas concepciones reductoras de la comunicación de transmisión de información. La relación sigue así atrapada entre una propuesta puramente contenidista de la cultura, tema para los medios, y otra difusionista de la comunicación como mero instrumento de propagación cultural. Pues no sólo entre las elites intelectuales, tambien en las instituciones de la gestión, lo que concierne a la comunicación masiva es aun mirado sospechosamente desde un complejoreflejo cultural más apoyado en la nostalgia que en la historia. Pero la crisis de identidad de nuestros pueblos nos está obligando a repensar y redefinir las relaciones entre política y cultura, y también entre cultura y comunicación, a romper con una concepción

instrumental, de meras relaciones entre aparatos, y empezar a mirarlas como espacios de constitución e interpelación de los sujetos sociales.

La superación del didactismo, del folklorismo y el patrimonialismo en que se ven inmersas la mayor parte de las políticas culturales en nuestros países pasa, y decisivamente hoy, por la capacidad de asumir la heterogeneidad de la producción simbólica y responder a las nuevas demandas culturales enfrentando sin fatalismos las lógicas de la industria cultural. Lo que a su vez implica asumir que aquello que pone en juego la intervención de la política en la comunicación y la cultura no concierne solamente a la gestión de unas instituciones o unos servicios, a la distribución de unos bienes o la regulación de unas frecuencias sino a la producción misma del sentido en la sociedad y a los modos de reconocimiento entre los ciudadanos.

Del lado de las políticas culturales, el proyecto neoliberal articula propuestas económicas –de supresión de conquistas laborales, reprivatización y restricción del gasto público- que no pueden llevarse a cabo sin poner en marcha nuevas políticas de reorganización del campo de la cultura. Efectivamente, al desplazar el eje de la sociedad de la política al mercado⁴, al buscar la sustitución del Estado como agente constructor de hegemonía⁵, las nuevas políticas conducen a que la iniciativa privada aparezca como la verdadera defensora de la libertad de creación y el único enlace entre las culturas nacionales y la cultura transnacional convertida en modelo y quía de la renovación. En el campo político la nueva racionalidad tiene como figura básica una tramposa oposición entre sociedad civil y Estado: a un Estado maléfico y abstracto, esto es del que se olvida su origen social, se le opone una sociedad civil identificada con los intereses privados, de la que el mercado sería su mejor expresión y que estaría conformada por la muy «concreta» comunidad de individuos con iniciativa. En el terreno cultural esa desocialización del Estado⁶, acarreada por la lógica del actor transnacional, se hace especialmente visible en la restricción del gasto público y su concentración en las prácticas culturales más alejadas de las dinámicas y las cuestiones en que palpita la actualidad social. Pero la crisis económica pone a flote también la persistencia en el Estado de una idea de cultura incompatible con las dinámicas de la comunicación colectiva en una sociedad de masas. Se trata de una concepción de cultura que abarca únicamente aquello en que el estado legitima su propia idea: cultura identificada con lo que da perennidad -

patrimonio, monumentos— y el hacer cultural con rescatar y conservar. Cierto que una nación se hace compartiendo un patrimonio cultural, pero de ahí a tener por cultura sólo lo que confirma la tradición rehuyendo el riesgo y la invención, hay mucho trecho. Lo más grave de la persistencia —con raras excepciones y solamente en el dominio de las prácticas más exclusivas— de una política patrimonial/paternalista es que el sector público acaba entregándole la búsqueda, la experimentación y la innovación a la empresa privada. El Estado se hace cargo del pasado —o mejor, del pasado que lo legitima— y le deja el futuro a la industria cultural, una industria en la que los procesos masivos de comunicación no son exteriores sino constitutivos de los de producción.

Aunque casi nunca explícitamente, toda política cultural incluye entre sus componentes básicos un modelo de comunicación. El que resulta dominante es aún hoy un modelo según el cual *comunicar cultura* equivale a poner en marcha o acelerar un movimiento de *difusión* o propagación, que tiene a su vez como centro la puesta en relación de unos públicos con unas obras. Hay un perfecto ajuste entre esa concepción difusiva de la política cultural y el paradigma informacional según el cual comunicar es hacer circular, con el mínimo de «ruido» y el máximo de rentabilidad informativa, un mensaje de un polo a otro en una sola dirección. Fieles a ese modelo, que el paradigma informacional ha venido a cargar de legitimidad intelectual⁷, las políticas culturales suelen confundir la comunicación con la lubricación de los circuitos y la «sensibilización» de los públicos, todo ello con el fin de acercar las obras a la gente o de ampliar el acceso de la gente a las obras⁸.

Existen sin embargo otros modelos de comunicación que, desde las prácticas sociales a la teoría, han comenzado a posibilitar otras formas de concebir y operar las políticas. Lo que esos otros modelos tienen en común es la valoración de la experiencia y la competencia comunicativa de los ciudadanos⁹ y el descubrimiento de la naturaleza negociada y transaccional de toda comunicación¹⁰. Frente a una política que ve en el público/receptor únicamente el punto de llegada de la actividad que contiene la obra, las mejores obras, y cuya opción no es otra que la de captar la mayor cantidad posible de la información que le aporta la obra, se abre camino otra política que tiene como ejes: la *aprobación*, esto es la activación de la competencia cultural de la gente, la socialización de la experiencia creativa, y el *reconocimiento* de las diferencias, esto es la afirmación de la

identidad que se fortalece en la comunicación –hecha de encuentro y de conflicto– con el/lo otro. La comunicación en la cultura deja entonces de tener la figura del intermediario entre creadores y consumidores, para asumir la tarea de disolver esa barrera social y simbólica descentrando y desterritorializado las posibilidades mismas de la producción cultural y sus dispositivos.

Es obvio que lo que estamos proponiendo no es una política que abandone la acción de difundir, de llevar o dar acceso a las obras -el segundo eje de la nueva propuesta tiene como base el reconocimiento de lo que hacen los otros, las otras clases, los otros pueblos, las otras etnias, las otras regiones, las otras generaciones- sino la crítica a una política que hace de la difusión su modelo y su forma. Y una propuesta de políticas alternativas en las que comunicar cultura no se reduzca a ampliar el público consumidor de buena cultura, ni siquiera a formar un público consciente sino que active lo que en el público hay de pueblo, esto es que haga posible la experimentación cultural, la experiencia de apropiación y de invención, el movimiento de recreación permanente de su identidad. Pero podrán las políticas plantearse ese horizonte de trabajo, no estarán limitadas aún en el campo cultural por su propia naturaleza de «políticas» a administrar instituciones y administrar bienes¹¹. La respuesta a ese interrogante quizá no se halle sino en otro interrogante: en qué medida los límites atribuidos a la política en el campo de la cultura provienen menos de lo político que de las concepciones de cultura y de comunicación que dieron forma a las políticas. La respuesta a ese nuevo interrogante nos devuelve a la necesidad de desplazar el análisis de las relaciones entre comunicación y cultura de los medios hacia la cuestión y el ámbito de las mediaciones. Pues aunque confundida con los medios -tecnologías, circuitos, canales y códigos- la comunicación remite hoy, como lo ha hecho a lo largo de la historia, a los diversos modos y espacios del reconocimiento social. Y es por relación a esos modos y espacios como se hacen comprensibles las transformaciones sufridas por los medios mismos y sus usos.

¿Cómo entender el movimiento de privatización de la vida, en el repliegue sobre la televisión o el video hogareños, sin vincularlo a la transformación profunda de la comunicación que implican los nuevos modos de habitar: el encerramiento y aislamiento acarreados por las modernas «soluciones de viviendas» y la disolución del espacio público y del tejido colectivo que implica la nueva concepción de la ciudad como espacio de flujos

y de circulación pero ya no de encuentros.? ¿Cómo desligar el sentimiento de inseguridad ciudadana -casi siempre vinculado únicamente al crecimiento de la agresividad y la violencia urbana- de la pérdida del sentido de la calle o el barrio como ámbitos de comunicación? ¿Cómo entender los cambios en la comunicación cotidiana, y por tanto el papel de los medios en ella, sin comprender la reconfiguración de las relaciones entre lo privado y lo público que produce la reorganización de los espacios y los tiempos del trabajar y el habitar? La concepción hegemónica que define la comunicación como transmisión/circulación no se queda en «teoría», pues ella orienta también la política de conversión de los espacios públicos de la ciudad en lugares de paso, de fluida circulación, aunque se presente como mera e inevitable respuesta a la congestión. No es extraño entonces que los nuevos movimientos sociales asuman como una dimensión fundamental de su lucha la cuestión cultural, y que ésta se halle formulada en términos de comunicación: a una comunicación hecha de meros flujos informativos y a una cultura sin formas espaciales los movimientos sociales oponen "la localización de redes de comunicación basadas en comunidades culturales y redes sociales enraizadas en el territorio"12. ¿Pueden llamarse entonces políticas de comunicación aquellas limitadas a reglamentar los medios y controlar sus efectos sin que nada en ellas apunte a enfrentar la atomización ciudadana, a contrarrestar la desagregación y el empobrecimiento del tejido social, a estimular las experiencias colectivas? ¿Y podrán llamarse políticas culturales a aquellas que se limitan a contrarrestar el pernicioso influjo de los medios masivos con la difusión de obras de la «auténtica» cultura sin que nada en esas políticas active la experiencia creativa de las comunidades, o lo que es lo mismo su reconocimiento como sujetos sociales?

3. La cooperación como práctica de la interculturalidad

Una rápida ojeada histórica nos permite focalizar a lo largo del siglo XX cuatro etapas y modos de la cooperación en el ámbito de la cultura, que a su vez se hallan ligados a las distintas nociones y denominaciones de la *acción cultural* : animación, promoción, gestión. En su primera etapa de institucionalidad moderna –de los años '30 a la postguerra- la cooperación

adoptó la forma de la *diplomacia cultural*, un modelo originado en Europa, que rápidamente se expandirá al resto del mundo occidental, conformado por tres claves: proyección de los nacionalismos, contenidos predominantemente cultos y patrimoniales, fuerte espíritu jerarquico y escasa transparencia en la toma de decisiones.

En los años '60 la bonanza económica y el "Estado benefactor" o "del bienestar" ponen en marcha un segundo modelo, menos nacionalista y jerarquizado, menos elitista también, con de pero mayor carga instrumentalización política de lo cultural: estamos ya en plena guerra fria y la cultura se convierte en un escenario estratégico de la batalla ideológica en el plano internacional. El tercer modelo introduce cambios radicales:la crisis económica derivada, en parte, del aumento en los precios del petróleo a mediados de los '70, desvertebra la sociedad del bienestar, lo que sumado al crecimiento del desempleo, va a promover una especie de pragmatismo sistémico que, en su convergencia con fuerte movimiento el profesionalización del sector cultural, reenfocan la cooperación hacia los métodos de planeación y evaluación, esto es dedicada al cómo más que al qué, hacia las dimensiones económicas de lo cultural, hacia el marketing y la concertación con las industrias culturales, o la esponsorización de lo público y lo privado.

En los años '90 aparece finalmente un cuarto modelo: atravesados por el estallido sangriento las guerras identitarias étnico-religiosas en la antigua Unión Soviética, en Africa y en los Balcanes, y por una des-integración de las sociedades nacionales -resultado del cruce entre las fuerzas desnacionalizadoras y desreguladoras de la globalización neoliberal con la recobrada vigencia de los movimientos locales, regionales, étnicos y de género- asistiremos a una cooperación que se torna prioritariamente impulsora, e instrumentadora, del recurso cultural ya sea para proyectos de cohesión social (mezclada con propósitos de relegitimazación del Estado) o para el desarrollo (ya menos pero aun desarrollista) de las comunidades.

La cooperación cultural presenta hoy una mezcla de rasgos y figuras heredadas de esos diferentes modelos pero no se limita a actualizar el pasado. A partir de los debates alentados en los útimos años por la UNESCO, el Consejo de Europa, la OEI y el Convenio Andres Bello, en sus diversos seminarios y documentos¹³, nos encontramos ante un nuevo mapa de la cooperación trazado sobre dos ejes: el de una renovada concepción de la *diversidad* y el de una apuesta por la *comunicación* en su más compleja y dinámica acepción tanto en lo filosófico como en lo tecnológico.

La diversidad ha dejado de significar la mera afirmación de la pluralidad – banalizada hasta su perversión en el eclecticismo del "todo vale" o en la postmoderna identificación de la diferencia con la fragmentación- para pasar a hablar de la alteridad, y ello en tres modos: primero, la alteridad en cuanto abierto desafio de las culturas subalternas, o sea de la *otredad*, a las culturas hegemónicas -Oriente a Occidente, el Islam al Cristianismo, las locales a las nacionales-; segundo, la alteridad evidencia que no puede haber relación honda entre culturas sin que en su dinámica se produzcan conflictos ; y tercero, la alteridad obligándonos a asumir la imposibilidad de reconocer la diferencia cultural por fuera de su profunda conexión con la desigualdad social y la discriminación política, esto es poniendo en primer plano la indispensable aleación entre derechos culturales y sociales. En pocas palabras, la diversidad cultural nos enfrenta a pensar e intervenir en las distintas formas de asimetría y de dominación que perduran y se renuevan en las contemporáneas formas de neutralización, funcionalización y destrucción de lo que desde la alteridad nos mueve el piso desestabilizando nuestras acostumbradas políticas culturales. De lo anterior se deriva la imposibilidad de seguir considerando la cooperación cultural como un asunto de "relaciones públicas" entre Estados a través de sus diferentes instituciones, y la necesidad ineludible de asumir que lo que ahí está en juego no son los "marcos culturales de la diplomacia" sino de las dimensiones políticas de toda relación entre culturas : esto es la explícita lucha tanto contra la intrumentalización de la cultura "en cuanto recurso" económico o político¹⁴ como contra el exotismo paternalista que impregna aun buena parte de la

cooperación Norte-Sur, lo que convierte a nuestras culturas en sujetos pasivos, percibidos aun desde su identificación con *lo exótico* en la imagen de lo precolombino o lo rural, o con comunidades *atrasadas* bajo la imagen de la pedigueña mano tendida, y no en cuanto estratégicos actores de la contemporaneidad cultural e interlocutores de tú a tú con cualquier otra cultura del planeta.

Aquí no cabe el antiguamente virtuoso término medio: o la cooperación internacional sirve para alentar la autogestión creativa y la capacidad de interlocución de nuestras muy diversas culturas nacionales, regionales y locales entre sí y con las del resto del mundo, o estamos ante una relación que lo que de veras hace es conservar aparte a nuestros pueblos poniéndolos "en conserva", o sea convirtiéndolos en reserva ecológica con la que oxigenar las contaminadas ciudades del Norte, o en reserva de mitos y tejidos, de sonidos e imágenes de un remoto e intocable pasado al que esas sociedades puedan o bien visitar –en esta exaltada hora de la mundialización- para alimentar su nostalgia por lo original, o bien para expropiar a nuestras culturas limpia, científicamente, de sus saberes medicinales o sus diseños textiles. No nos engañemos, mirados desde el actual contexto geopolítico los cambios de modelo en la cooperación son a la postre el paso de la pseudoneutralidad con que la diplomacia ocultaba los verdaderos intereses coloniales que la guiaban, a una política cultural con la que se conjura la mala conciencia de las naciones ricas al tiempo que se utiliza la cultura para esquivar impuestos o hacer internacionalmente más rentables las inversiones financieras. Y ello no por maldad de las naciones del Norte sino por las lógicas que mueven a los bloques económicos que se reparten el mundo, y por nuestra tenaz complicidad, la activa complicidad de nuestros Estados y la pasiva de nuestras sociedades.

Pero la diversidad no opera hoy sólo como clave de desenmascaramiento de lo que aun queda de colonialismo e interesado exotismo en la cooperación sino que se hace también actuante a otro nivel: el de la multiplicada diversificación de los *actores culturales*: desde las diversas figuras de lo público –hoy no actua de igual modo ni con el mismo enfoque la institucionalidad

nacional del Estado, por ejemplo los ministerios, que las instituciones municipales, desde lo regional que desde lo local y lo barrial- ; y tampoco es homogéneo lo privado, pues se despliega en actores tan distintos como las grandes industrias culturales que compiten en el plano global frente a las pequeñas, o medianas en algunos casos, que con frecuencia buscan la parcería de las instituciones públicas- y está además la inmensa gama de las asociaciones independientes de artistas y otros trabajadores culturales, y toda la diversidad de organizaciónes sociales y grupalidades comunitarias. La multipolaridad de sus actores¹⁵ ha hecho estallar el antes estatizado y centralizado ámbito de lo cultural, y ello se hace especialmente notorio en la cooperación desde abajo que alientan las mil iniciativas provenientes del cada día más plural mundo de los ciudadanos. Estamos ante la aparición de nuevas formas de ciudadanía que señalan la creciente presencia de estrategias tanto de exclusión como de empoderamiento ejercidas en y desde el ámbito de la cultura. Estas ciudadanías culturales no sólo inscriben las "políticas de identidad" dentro de la política de emancipación humana, sino que replantean a fondo el sentido mismo de la política poniendo en evidencia hasta qué punto las instituciones liberal-democráticas se han quedado estrechas para acoger las multiples figuras de la diversidad cultural que tensionan y desgarran a nuestras sociedades justamente porque no caben en esa institucionalidad. Desgarradura que sólo puede ser suturada con una política de extensión de los derechos y valores a todos los sectores de la población que han vivido por fuera de la aplicación de esos derechos, sean mujeres o minorías étnicas, evangélicos u homosexuales. Frente a la ciudadania de "los modernos" que se pensaba y se ejercia por de las identidades de género, de étnia, de raza o de edad, democracia esta necesitada hoy de unas ciudadanías que se hagan cargo de las identidades y las diferencia abandonando la ilusoria búsqueda de la reabsorción de la diversidad en un todo unificado, sea éste la nación, el partido o la religión. La diversidad se incopora realmente a la cooperación cultural sólo en la medida en que ésta hace posible el desplazamiento del protagonismo estatal al de los ciudadanos y sus comunidades territoriales desde el ámbito más local al más

general, posibilitando que sea de ahí de donde partan las iniciativas y se lleven las riendas de la cooperación tanto en lo nacional como lo internacional. Que no se nos malentienda: no se trata de sustituir al Estado sino de *reinsitituirlo o reinstitucionalizarlo ciudadanamente* en términos de respeto a la inciativa de las comunidades y de estímulo a sus oficios fiscalizadores.

4. Tecnologias de comunicación y políticas culturales

posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas en la comunicación y la información pasa paradójicamente por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión técnica dejando por fuera lo que socialmente se produce como si ello fuera mero efecto de lo técnico. Pues lo que la presencia de las TIC (Tecnologías de Información y Comunicación) está produciendo hoy a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, mas que a partir de una visión integral capaz de ubicar los efectos y las potencialidades de las tecnologías en el entorno de los procesos de desarrollo económico-social y de las prácticas de participación democrática. Movidas y orientadas exclusivamente -durante los años '90- por el sector de los grandes conglomerados económicos las TIC han tomado un rumbo radicalmente diferente en los países más ricos que en la inmensa mayoría de países que conforman el mundo empobrecido y subdesarrollado de Latinoamérica África, y Asia: actualmente casi el 70% de los usuarios de redes digitales residen en los Estados Unidos y Europa; mismo tiempo que en los países más grandes y económicamente fuertes del mundo pobre las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según proyecciones de la CEPAL "en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaría una tasa de conectividad del 82% mientras que la tasa nacional sería de sólo 12%"8. La "brecha digital" es en realidad una brecha social, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC.

Lo anterior no puede sin embargo impedirnos asumir el hecho de que *la información* se ha convertido en un nuevo *paradigma de organización de la sociedad*. Pues la *información* constituye hoy el *valor agregado* por antonomasia, ya sea:

- incorporada a *los productos* en su composición material, en su "forma" o en su transformación genética;
- incorporada a *los procesos* de producción en la "fábrica flexible" que organizan los flujos informacionales de invención, programación y evaluación, en la circulación de las mercancías y la función del marketing;
- convertida *ella misma en producto* que se halla en la base de la llamada "economía informacional": el mercado de bienes digitales que enlaza cada día más velozmente la producción con la circulación de conocimiento y de cultura.

Pero esa hipervaloración de la información no puede ser apreciada en su justo valor mas que conectándola a la vez: con la devaluación que hoy sufren los saberes tradicionales no informatizables, las formas de trabajo "informales" (o sea que no son o no están in-formadas), las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc; y con el surgimiento de nuevos derechos de los ciudadanos: que van del acceso a la información no sólo como receptores sino también como productores. al derecho a un flujo equilibrado de información entre regiones del mundo y entre países de una misma región, como Latinoamérica. El reconocimiento de esos nuevos derechos tiene a la base el valor que el conocimiento ha adquirido en la "sociedad-red" como bien público primordial: "Se trata de una sociedad en la que las condiciones de generación de conocimiento y procesamiento de información han sido sustancialmente alteradas por una revolución tecnológica centrada sobre el procesamiento de información, la generación del conocimiento y las tecnologías de la información. Esto no quiere decir que la tecnología sea lo que determine sino que se constituye un paradigma de un nuevo tipo en el que todos los procesos de la sociedad, de la política, la guerra, la economía, pasan a verse afectados por la capacidad de procesar y distribuir información de forma ubicua en el conjunto de la actividad

humana"8. A su vez, ese nuevo paradigma alienta un proceso de conversión del conocimiento en tecnociencia que impulsa una creciente hiperespecialización de los saberes y la conversión de la investigación científica en ingrediente altamente estratégico del complejo tecnoindustrial: desde el estudio del genoma humano hasta la producción de trasgénicos la investigación moviliza hoy gigantescos capitales de empresas globales que alientan la complicidad entre investigación científica y operación comercial. El derecho de los ciudadanos a la comunicación pública del conocimiento se torna aun más decisivo en las nuevas condiciones de hegemonía tecnológica del saber y de las presiones mercantiles sobre el proceso mismo de su producción y circulación. Lo que se busca salvaguardar es, al mismo tiempo, el derecho a que la sociedad pueda seguir contando con ese otro conocimiento que proviene de los saberes de experiencia social, y el derecho a que todo lo que concierne a las opciones y decisiones sobre desarrollo e inversión en investigación científica y tecnológica pueda ser objeto de información y debate públicos.

Un somero diagnóstico nos da las siguintes tendencias como ragos predominantes:

- Como en ningun otro campo, en el del desarrollo tecnológico de las comunicaciones, la ausencia mediadora del Estado ha dejado ya efectos especialmente perniciosos. Pues la reconfiguración del Estado impuesta por la globalización les ha hecho pasar de unas políticas *legalistas y voluntaristas* en comunicación y cultura -las de los años setenta y ochenta- *a la más pura y dura desregulación* que deja libre al mercado para marcar las lógicas y las dinámicas de la transformación de los medios de comunicación y las tecnologías informáticas. Con un agravante, que mientras eso sucede en el plano de los grandes medios, el Estado regula hasta el extremo a los pequeños medios, como las emisoras de radio y las televisiones locales y comunitarias, multiplicando las trabas legales a su funcionamiento y expansión.
- Esa desregulación se ha traducido en una *ausencia casi completa de políticas públicas* -tanto en el ámbito nacional como en el latinoamericano- en la implantación y orientación de las nuevas TIC durante los años '90, y solamente en los últimos dos años comienzan a aparecer iniciativas públicas que vayan más allá de la mera repartición

política y del aprovechamiento económico de las frecuencias en telefonía móvil o en las de banda ancha.

- El desarrollo de las redes digitales se halla además marcado todavía en Latinoamérica por una concepción altamente *instrumental* -esto es no cultural ni ciudadana- que está impidiendo insertarlas en los planes nacionales de desarrollo nacional y de democratización local, ignorando así que lo que hay que privilegiar no son las tecnologías de punta sino aquellos tipos de servicios que mejor respondan a las necesidades de las colectividades locales y potencien en mayor grado su creatividad cultural que es lo que puede reforzar los lazos comunitarios.
- La poca o nula interacción de la *escuela pública* con los actuales desarrollos de las tecnologías digitales, que están reconfigurando profundamente tanto los modos de producción, de circulación del conocimiento y de los aprendizajes, como los mapas laborales y profesionales. Pues los cambios más de fondo que acarrea la sociedad de la información tienen justamente que ver con transformaciones en las condiciones de existencia del trabajador y en el nuevo sentido del trabajo, ambos ligados estrechamente al campo de la educación: nuevas destrezas mentales requeridas por los nuevos oficios, nuevas modalidades de aprendizaje formales y no formales, nuevas formas de relación entre trabajo y juego, entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo.

A partir de ese somero diagnóstico pensamos que las mutaciones culturales que entrañan los cambios en la comunicación y la información exigen de nuestros países la construcción de un nuevo pacto social ya que lo que ahí está en juego son nuevos modelos de sociedad. Lo que quiero decir es que éste se ha convertido en un ámbito primordial de acción pública, y por lo tanto no puede hacer parte de las políticas coyunturales de un gobierno sino que debe hacer parte de verdadera políticas de Estado a largo plazo. Para lo cual se hace necesario que los Estados asuman que la Información y la Comunicación configuran hoy un sector de los Servicios Públicos tan estratégico socialmente como los servicios de salud y educación, y así debería empezar aparecer en los documentos de política nacional con nombre propio, el de Servicio Público de Información y Comunicación.

La implementación de ese nuevo Servicio Público debe ser conducida por los gobiernos en estrecha coordinación con la empresa privada y la sociedad civil, incorporando a todos los actores involucrados en el proceso de desarrollo de *la sociedad de la información* en cada país y en la región. Y para que haya una estrecha colaboración entre los organismos y los programas públicos, el sector privado, la sociedad civil y las instituciones académicas, la CEPAL propone como indispensable que a la cabeza se halle un órgano coordinador con capacidades decisorias de rango ministerial.

Pero así como a la base material de la inserción en la sociedad de la información se hallan unas infraestructuras técnicas, para apropiarse de los beneficios procurados por las TIC nuestros paises van a requerir dotarse de una nueva base cultural que posibilite el acceso real de las mayorías a los diversos usos de las TIC y a su producción creativa. Proporcionar a nuestras sociedades latinoamericanas en su conjunto esa base cultural va a requerir de un proyecto tan exigente, y de tanto o mayor empeño, que la dotación de infraestructuras materiales. Hemos denominado a ese proyecto alfabetización virtual 9, y la entendemos conformada por el conjunto de destrezas mentales, hábitos operacionales y talante interactivo sin los cuales la presencia de las tecnologías entre la mayoría de la población será desaprovechada, o pervertida por el usufructo que de ella hace una minoría en su particular beneficio. Así como en otro momento de su historia toda Latinoamérica se dió como proyecto social básico la alfabetización de adultos, asi ahora nuestras sociedades se hallan necesitadas de un nuevo proyecto de *alfabetización virtual* no de un grupo social particular sino del conjunto de la población, desde los niños a los ancianos, desde las comunidades urbanas a las rurales y aun las indígenas, los trabajadores y los desempleados, los desplazados y los discapacitados.

Se trata de una alfabetización cuya principal peculiaridad reside en ser *interactiva*, esto es en la que el aprendizaje se realiza mediante *el proceso mismo de uso de la tecnología*. Un *uso* que puede y, en ciertos casos, deberá ser *orientado*, pero que en ningun caso puede ser suplido por meros conocimientos convencionales. Hay sin duda una *convergencia* a establecer entre alfabetización letrada y *alfabetización virtual*, de manera que aquella sea integrada a ésta como factor dinamizador de los procesos pero a sabiendas de que *la cultura*

vitual reordena las mediaciones simbólicas sobre las que pivota la cultura letrada al replantear no pocas de las demarcaciones espacio-temporales que ésta supone. Navegar es tambien leer pero no de izquierda a derecha ni de arriba abajo, ni siguiendo la secuencia de las páginas, sino atravesando textos, imágenes, sonidos, conectados entre sí por muy diversos modos de articulación, simulación, modelado, juego. Modos esos de articulación virtual cuya habilidades hacen parte indispensable de los saberes que requiere cada dia con mayor frecuencia el mundo laboral y cultural, o mejor el mundo de los ciudadanos hoy.

_____notas

- 1. J.Curran, D.Moerley, V.Walkerdine (comp.) *Estudios culturales y comunicación,* Paidos, Barcelona, 1998; J.Meyrowitz, *No sens of place,* Oxford University Press, New York, 1985; H.K.Bhabha, *The location of culture,* Routledge, London, 1994; F. Clifford, *Dilemas de la cultura,* Gedisa, Barcelona, 2001
- 2. P. Lévy, L'intelligence colective. Pour une antropologie du cyberespace, La Decouverte, Paris, 1994; O que é o Virtual? Ed. 34, São Paulo, 1996; J.M. Catalá Domenech, (dir) *Imagen y conocimiento*, N° 27 *Análisi*, Barcelona, 2001
- 3. S. Finquelevich (Coord.); Ciudadanos a la red!.Los vículos sociales en el ciberespacio, Ciccus/La Crujía, Buenos Aires, 2000; J.L.Molina, El análisis de redes sociales: una introducción, Bellaterra, Barcelona, 2001; VV.AA., Redes, gestión y ciudadanía, OCLAC-ABYAYALA, Quito, 2002
- 4. Sobre ese desplazamiento: J. J. Brunner, *Notas sobre cultura popular, industria cultural y modernidad*, Flacso, Santiago, 1985
- 5. A ese respecto, *véase* N. GARCÍA CANCLINI, *Cultura transnacional y culturas populares*, mimeo, México, 1985
- 6. Una reflexión actualizada sobre ese proceso: A. y M. Mattelart, "Le declin des macrosujets", en *Penser les media*, París, 1986.
- 13. UNESCO, Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados, Anento, Madrid, 1999; UNESCO, Diversité culturelle. Patromoine comun, identités plurielles, Paris, 2002; Consejo de Europa, Sueños e identidades. Una aportación al debate sobre cultura y desarrollo en Europa, Interarts/ Península, Barcelona, 1999; Interarts, Fondos y formas. Recursos internacionales para proyectos culturales y artísticos, Península, Barcelona, 1999; B.Klinsberg y L.Tomassini (comp.), Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo, BID/F.C.E., Buenos Aires, 2000; Convenio Andrés Bello, América Latina; un espacio cultural en una mundo globalizado, Bogotá, 1999; CAB, El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración, F.C.E., Santiago de Chile, 2003

- 14. G.Judice, *El recurso de la cultura.Usos de la cultura en la era global,* Gedisa, Barcelona, 2002; VV.AA, *La cultura es capital,* Fin de siglo,Montevideo,2002
- 15. R.Weber, "Los nuevos desafios de la cooperación cultural europea", *Pensar Iberoamérica* No. 2, OEI, Madrid, 2002-2003; E. Nivón, "La cooperación cultural como proceso de la globalización: una visión desde América Latina", *Pensar Iberoamérica* No.2, OEI, Madrid, 2003
- 16. 8. M. Castells, *La galaxia internet. Reflexione sobre internet, emprea y sociedad*, p. 87, Areté, Madrid, 2001